

Dupe el

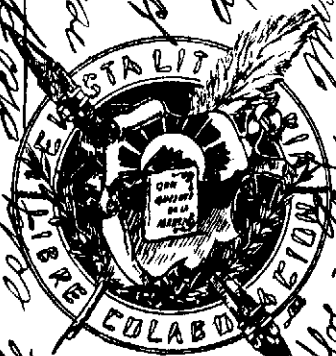
LOS GOLFEOS DEL ARTE

Número 2



15 céntimos.

*A mi mejor amigo
Alonso Monco, uno de los
periores y mas acemina
defensor, propagador y esen
tor de esta desgraciada
revista, en
prueba de
afecto, dedico
14- Octubre - 40
mis mamarachos
Alberto*



Algunos Alfonsos. No
de los otros
amistad y admiración por su valiente actividad
F. J. Pardo

Al mi querido hermano y amigo
Alfonso, Alfonsos, Alfonso, Alfonso
Alfonso, Alfonso, Alfonso, Alfonso
que puede decirse te he conocido
y golfo por excelencia.
con la garriola



LOS GOLFOS DEL ARTE

REVISTA QUINCENAL LITERARIA

NUESTRAS CARICATURAS

Alfonso Monéo, segundo *golfo* de la serie, es una especie de *ninchi* de los de más *visual* en las palpitantes cuestiones literarias. Es un soñador de realidades. Un bohemio jocoso y sentimental, otra *esperanza* para las *letras* españolas; esperanza nada más ¿eh? Pero promete... mucho. Vosotros, queridos lectores, no tardando, haréis buena esta suposición. ¡Por estas, que son cruces!

UNO MAS...

Me anuncian la salida de LOS GOLFOS DEL ARTE, un nuevo compañero que viene á pagar el tributo de *prestación forzosa*, á que obliga la necesidad de exteriorizar el pensamiento, de ir á la lucha de las ideas, de hacerse oír, que siente toda persona que *lleva algo* dentro de su cerebro.

¡Uno más! Otro *golfo* que viene á aumentar el número de *golfos* más ó menos ilustres, que damos pasto á la vida intelectual (?) de España.

Como es *golfo* joven, audaz y sincero, pide consejos á los compañeros de oficio.

Ahi van algunos que pueden servirle para llegar á ser *persona seria*, cuando pasados los entusiasmos de los primeros números, empiece á desesperarse de ver lo poco que lo escuchan, la brecha que su decir produce en la administración y la importancia de los *golfos* de frac, que escalaron con la pluma (y con el cepillo) puestos en parlamentos, ministerios y academias.

Lo primero es moderar los ímpetus sinceros y nobles; no escribir lo que se siente ni lo que la conciencia exige, sino lo que convenga á nuestros intereses, plegarse á las exigencias del público y á la índole del periódico.

Claro que en la agitada vida periodística no hay tiempo de estudiar mucho. No importa. Las faltas de ortografía las corrigen en la imprenta y la Gramática no es necesaria en época de modernismo. La cuestión no es estudiar, sino hablar alto, imponer la opinión, despreciarlo todo y hablar mal de todo el mundo, hasta de los que al poco rato llamamos arcángeles y semidioses en los artículos...

Unas buenas tijeras, algún ligero conocimiento de idioma extranjero que permita *tomar ideas* de los periódicos y un catálogo de librería para citar á granel nom-

bres de autores que no se conocen y obras que no se han leído, completan los *utensilios* necesarios al periodista.

Vamos á la redacción. En ella hay que darse un poco de tono, y que no penetren los profanos á quienes en la calle llamamos amigos. Entre bastidores, el secreto del buen director consiste en tener fama de duelista y saber aplicar sus redactores.

El más frío y desapasionado, para las cuestiones de actualidad: que ya hemos dicho se tratan siempre *con vistas al bolsillo*.

Critico no hace falta. Se aplaude á los teatros que dan entradas y á los artistas amables... á los otros *palo*. Los libros se dejan para rellenar huecos... No es necesario leerlos, se juzgan según sea ó no amigo el autor... Para esto es preciso tomar notas de nombres del consabido catálogo. Cuando conviene se compara á un buen señor burgués con Goethe, con Byron y con Voltaire... No importa la mescolanza; lo único que hay que tener es cuidado de si es ó no neo para las comparaciones, y eso es difícil de averiguar... Lo mejor es tomarlo por neo mientras no demuestre lo contrario, y aun así...

Las *interviews* suelen ser fuente de suscripción. Se necesita que las haga un redactor de imaginación creadora, porque

hay que hablar por el *entrevistado*, que suele no decir nada.

La revista de salones es de lo más importante; en ella tiene grandes éxitos el reporter que entiende de tejidos y de modas. Si se hace algo de literatura no olvidar que colaboren en ella el mar glauco, el sol que estalla en dinamita de color, las nieblas grana, verdes ó azules, la savia ardiente de la tierra, tres ó cuatro adjetivos delante de cada nombre y un alegre carcajear de verbos nuevos...

Conviene no olvidar el elemento de interés que proporciona el escándalo, las palizas y las controversias. Un redactor atravillario, mordaz, guapo, atrevido, que hable de su valer y sus conquistas hasta que todos se lo crean, es de gran utilidad siempre.

La moda impone en toda redacción una mujer y un cura; el segundo no *se inventa* fácilmente por la pícara teología... La primera puede muy bien ser sustituida por un jovencito, con melenas ó sin ellas, que use pseudónimo femenino.

No hay que olvidar los alardes de independencia. Pongan varias veces en la primera plana: «Este periódico no pertenece á ninguna sociedad ni empresa.»

Es de justicia.

Colombine.

CHICOLEO

*¡Olé las mujeres barbis!
No chanelo ni palabra
si no eres tú la más chula
de cuantas hay en España.
Me haces perder el sentío
con tu sandunga, gitana;
si clavabas en mí tus elisos,
es que se me cae la baba,*

*y si me diccs... «te quiero»,
entonces... no digo nada.
¡Qué garlochi, santo cielo!
¡Qué salero y circunstancias!
Así permita un divé
que olvide á toda mi casta
si no te camelo yo
con fatiguillas del alma.*

Azuquiqui.

LA RISA DE LOS MUERTOS

(De un libro de Memorias.)

Noviembre, 1

... y he pensado muchas veces si estas cuartillas, sobre las que, con mano nerviosa, voy escribiendo mis impresiones, podrán llegar á algún crítico compasivo—quién sabe si, como yo, loco—, que quiera darlas á la imprenta. ¡Loco! He dicho mal; ahora recuerdo que un escritor, un pensador ruso, ha concedido gran importancia á estos diarios que reflejan estados de almas, glorias, pasiones, odios...

Hoy la Iglesia enciende luces junto á los lechos postreros de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestras esposas, que ya no existen.

Esta tarde, un amigo me ha llevado al cementerio. ¡Buena diversión!—he pensado—, y algo he debido decir á propósito de este pensar mío, por cuanto mi camarada ha dibujado en su rostro un gesto de ironía... Las campanas doblaban por los muertos. ¡Por los muertos!... ¿Y qué son los muertos?... Hemos entrado topándonos aquí y allá con gentes que rean estupidamente, y que estúpidamente lloraban ante las tumbas de piedra, rodeadas de flores, de lamparillas de aceite y de blandones de cera. Una de estas tumbas—mejor las llamaría cajas guardadoras de secretos—nos ha servido de asiento. Era en un extremo adonde nadie ha llegado: un rincón lejano en este campo, llorado santo por algunos y al que yo denominaría de ostentación y de vanidad. ¿Acaso puede existir santidad en donde, como aquí, reina la competencia

del lujo, donde el fuerte humilla al débil?...

Al preguntarme esto, esa mueca irónica del amigo que me acompaña, ha quedado dibujada en mi rostro y he pensado: «Luego yo también soy irónico».

Bueno; pero ¿y qué son los muertos? ¿Por qué se compadece á los muertos? ¿Por qué se dice: «Por los muertos!»?...

Vosotros, seres estúpidos, que vivís—si vivir llamáis á dudar, á amar á quien os traiciona, á subir muy alto, para después caer con más estrépito y mayor daño—; vosotros, leed esto: No os alegréis de vivir, ni tampoco lloréis por los que no viven... Risa y llanto, demostraciones son de egoísmo. Aquéllos se rien de los muertos. ¡Imbéciles! Como si la Muerte fuera el término de todos los goces!... Los otros lloran por los muertos; ¡Egoístas! Porque la Muerte les quitó el goce de la mujer ó del hombre á quien amaron mucho... Oid: aquí, en esta tumba donde tenemos asiento un poeta y un filósofo, dentro de esta tumba que no rodean flores, ni lamparillas, ni blandones, y hasta la que nadie ha osado acercarse con la mueca idiota de la risa ó bien con el gesto hipócrita del llanto, aquí, alguien ríe... ¡Ah! Pero la risa de los muertos es franca: ni la causa la envidia, ni el egoísmo la produce, es la risa que desconoce mentira y engaño: la risa del descanso...

Descansar: he aquí el verdadero goce, el goce de los muertos, sin ambiciones, ni odios, ni falsos amores...

Es noche: las flores se han marchitado; tampoco arden ya las luces de aceite y de cera, que en este día del año, encienden los que sufren á quienes para siempre gozan del reposo: los muertos siguen riendo, riendo, riendo...

Salimos. Yo sé que mi amigo escribirá esta noche un poema: *La risa de los muertos*. También yo voy á escribir.

Apuntaré en mi «Diario»:

«Hoy he estado en el Cementerio; ya sé lo que son los muertos; no compadezco á los muertos.»

Las campanas doblan, doblan, doblan por nosotros.

Federico González-Rigabest.

EN LA PUERTA DEL SOL



¡Quién supiera escribir! ¡El tren expreso!

—Escúchame, Tomasa, y ten paciencia, que voy á perorarte un discursito pa que quedes del todo satisfecha y me pidas perdón por tu conducta, y detengas un poco más la lengua.

—¿Has cambio tú de vida ó es que quieres reducirme con frases y promesas, cuando ya no se queda pa un remedio ni siquiera con unas de vergüenza?

—Tomasa, no me alteres, no me chrigues á que te haga un carino con la diestra, y te ponga un carrillo á la escarlatá,

y llevas un recuerdo del Plancheta.

Vamos a ver qué tiés que reprocharme cuando yo no cojezco la pereza; y estás por atender á tus caprichos, todo el día voces que voceas,

y me paso la vida como un negro trabajando lo mismo que una fiera; que fumo de cojillas, que no bebo por tenerle al igual que una princesa, pa que rabien de envidia las vecinas, diciéndote al pasar: «Ahi va la hembra más chula y más graciosa de este barrio y todas sus concarnos, si se terciá?»

¿No te compré bizcochos y jerezos, aparte de otras muchas menudencias, cuando supe por tí que te encontrabas en estao en que todas interesan?

¿No te prodigo mimos á diario?

¡Si cuando tú estas triste yo supe que la culpa la tiene medio mundo, lo mandaba en un tris á la simonenda... Pues entonces ¿qué quieres, alma mía?

¿No son de mí querer bastantes buenas?

—Buena, basta; no sigas adelante.

—¿Te convences al fin? ¡Que mi vida!

—¿Y cómo na, si tienes una labia capaz de convencer á la más terca.

Y además, que hace tiempo que ya sabe que á ti, por tu cariño, estoy sujeta.

—Pues entonces agárrate del brazo.

—¿Qué vas á hacer?

—Vender estos poemas, para luego marcharnos muy juntitos...

¡Quién supiera escribir! ¡Dulces cadenas!

Julio Mur y Suárez.

RECUERDOS

¿De qué vive el viejo? De recuerdos; sí, de recuerdos y sólo de recuerdos. Esa es la palabra.

«La afilada guadaña del tiempo siega una á una las flores de la juventud; el viento seco y frío de la realidad apaga la luz de la esperanza» y el hombre abandonado, sólo, reducido, digámoslo así, á su propio ser, tiene que acogerse al último baluarte de nuestra existencia, á los recuerdos, del mismo modo que el viajero muerto de sed y perdido en las inmensidades del desierto, cae desfallecido sobre la recalcinada arena, soñando únicamente con limpidas y cristalinas aguas...

Así como la ilusión es la infatigable

compañera de la juventud, mejor dicho, su más cariñosa amante; así también, los recuerdos son los más entrañables amigos de la ancianidad.

¿Quién no ha sido joven? ¿Y quién, siendo joven, no ha soñado despierto, y quién, soñando despierto, no ha sido elevado por su loca fantasía á las etéreas regiones de lo desconocido ó á las esferas más elevadas de la dicha?... ¿Quién no ha soñado con eclipsar la fama de Murillo ó de Velázquez, siendo pintor? ¿Y quién, soñando ser poeta, no ha superado la del Fénix de los Ingenios; pensando ser marino, la de Nelson, ó pensando en las riquezas, las de todos los banqueros reunidos?... Pues ¿y

en amor?... Aquí sí que nos hemos sentido remontados todos en alas de nuestras pasiones por los campos rosáceos é ignotos de la ilusión, en pos de la mujer anhelada... ¿Quién, pues, no ha soñado con princesas y duquesas, Eloisas y Margaritas hermosas y apasionadas?...

Todos, todos tocamos en sueños la dicha; pero pocos, muy pocos, son los que tienen la fortuna de poder alcanzarla.

Y ahora bien; si los ensueños de color de rosa y la loca fantasía están en razón directa de la juventud, no deben estar menos de la vejez, el dulce recuerdo del pasado y la grata ilusión de lo que fué.

El hombre, al principio de la vida, sueña; al final de ella, recuerda.

¿Y qué sería de él si en la oscura noche de su existencia, desengañado del mundo, perdidas totalmente sus esperanzas y abandonado por sus más caras afectaciones, no divisara algún punto luminoso que le guiase con cariño hacia los bordes del sepulcro?... ¡Caería exánime y aniquilado por completo, como cae el aterido pajarrillo sobre la blanca nieve que poco después ha de servirle de sudario!...

Así, pues, cuando el hombre llegue á una edad en la cual se sienta reducido á la impotencia más completa; cuando sus entumecidos miembros sostengan á duras penas el peso de su cuerpo, cuando sus virilidades se agoten, cuando sus relajados músculos pierdan la tensión y le obliguen á permanecer la mayor parte del tiempo encadenado al viejo sillón de cuero, á la manera que le obligan al preso los grilletes de los pies; cuando esa edad llegue, repito, ¿habrá nada más dulce que traer á la memoria los alegres recuerdos del ayer?... ¡No y mil veces no!...

El, entonces, siente un placer inmenso al pensar en los inocentes juegos de su infancia; evoca á menudo la imagen querida de la joven virgen que inflamó de amores su corazón, y se representa las plácidas escenas de la reja á la luz de la luna, pareciéndole sentir todavía en el alma el chasquido sublime del furtivo beso...

¿Y aquél que soñó ser poeta—aunque sin eclipsar la fama de Lope—no gozará repasando sus escritos?... Si; el artista, vivirá con el recuerdo de sus obras; el marino, con el de sus viajes; el militar, con el de sus episodios de guerra; el que fué enamorado, con el de las conquistas llevadas á cabo, y, en general, todos, todos, con el de los hechos más felices y salientes de su vida...

Pues bien; si los recuerdos son el último placer del alma, el alimento cotidiano, digámoslo así, de nuestros postreros días; procurad, sabios é ignorantes, opulentos y desheredados de la fortuna; artistas, comerciantes, trabajadores; hombres quien quiera que seáis; procurad, repito, que vuestras obras y hechos sean tales, que puedan proporcionarnos en las ultimidades de vuestra existencia, esa alegría postrera, ese último placer, ese alimento del alma que tanto necesitamos, pues de lo contrario, aquél cuyo paso por el mundo no pueda recordarle más que las indelebles huellas de impuras obras ó fermentidos placeres, caerá aniquilado por completo y espirará maldiciente y sin haber tenido un momento de reposo ó plácida calma en los postreros días de su esterilizada existencia...

.....
Alfonso Monó.

FLORES MARCHITAS

*Esperanza muerta,
fe que se aniquila,
anhelo truncado,
ilusión perdida,
deseo que muere,
ambición que oscila...*

*Esto me parece cuando miro y veo
las flores marchitas.*

*Esto me parece
al mirar sus hojas,
lozanas no ha mucho,
ya mustias y rotas.
Una tumba helada,
un árbol sin sombra,
un cuerpo sin vida,
un alma que llora,
¡Qué muerte tan triste!
¡Qué vida tan corta!
Abrir sus capullos
al nacer la aurora,
y morir deshechas
á las pocas horas...*

*¡Y siendo ellas flores, siendo tan lozanas,
siendo tan hermosas!...*

*Siendo, como fueron,
el adorno casto
de la joven virgen,
cuyo emblema santo
esparció su aroma
en altares sacros.
Siendo, como fueron,*

*el joyal ansiado,
la ilusión más grata
de inocentes años,
que veía en ellas
un algo soñado...*

*¡Y morir deshechas... y sin un recuerdo
de sus goces cándidos!*

*Ellas, que nacieron
sólo para encanto
de todo lo bello.
Que en cultos amores
el ideal dejaron.
Que del cielo hicieron
espejo sagrado.
Que allá en los jardines
y en los verdes campos
fueron las sultanas
de sueños dorados...*

*Esperanza muerta,
fe que se aniquila,
anhelo truncado,
ilusión perdida,
deseo que muere,
ambición que oscila...*

*Esto me parece cuando miro y veo
las flores marchitas.*

A. Rodríguez.

*Al compendio de poemas
de Alfonso Mañón
de A. Rodríguez*



EN MARCHA

...Y el eco de la locomotora llegó hasta lo más íntimo de mi corazón... Comenzó su marcha *con un trágico de fiera encadenada*, y dos lágrimas se desprendieron de mis ojos, no sé si de alegría ó de dolor.

Ensismada mi imaginación, no sólo por la incesante tortura de un recuerdo, sino por el trepidar continuo de la marcha; dió lugar á que mi cuerpo se acomodara en un rincón del coche, en donde un sueño grato y apacible me llevó á la región de lo ideal, no bien mis ojos se rindieron á Morfeo. Nadie, al abandonar sus patrios lares en edad temprana, deja de recibir las dulces y bellas impresiones del feliz regreso á la tierra querida.

Mi ensueño me llevó á ella. Iba rodeado de mis padres, cuyo inagotable cariño me halagaba sin cesar. Sentía reclinarme sobre mis hombros sus encanecidas cabezas. Me parecía ver sus labios perderse entre los míos, como queriendo infiltrar allá en mi alma, todo un amor guardado por mi ausencia... Las alegrías supremas como los cruentos dolores, sacuden de tal modo nuestro ser, que á veces el llorar es un consuelo. Y entonces yo lloré. En la habitación á que me creía transportado, lloré con la castidad de un niño. Jamás emoción tan grata y honda conmovió mi alma. La quimera de un sueño, parece que se burla llevando á nuestra mente la realidad grata y despreciable, ansiada y maldecida, al verla después en forma de mentira. En tanto, mi imaginación, ardiente por el rescoldo de un profundo afecto, seguía soñando. Entre nubes y vaporosos celajes, se me presentó ella.

¡Ella!... ¿Sabéis quién es ella? Es mi ídolo; la virgen única que existió en el altar de mi religión, que es el amor. Una hora sin verla pasaba por mi alma con la horrible lentitud de un siglo. Muchas horas... Al ser ateo creería en Dios con sólo verla. La ansiedad prosaica de la vida, desaparecía de mi espíritu al contemplarla.

La pureza misma se me revelaba con formas de divinidades, que tratan á mi mente lugares inmaculados de los cielos...

Un golpetazo brusco de la marcha, llevó á mi mente la visión de la realidad despreciable y maldita fué, pues que entre mis labios mascullé una tremenda maldición, al par que dos lágrimas de pena mojaron mis mejillas...

F. Remonales.

DE LA CALLE



Vendedora de periódicos, por Cele...

*A Moner.
mi buen amigo
el amigo
y etc.*

EL SENTIMENTALISMO EN LA POESÍA

¿Es necesario el sentimentalismo en la poesía? Algo ardua es esta empresa, pero veré el medio de poder contestar a la pregunta, aun cuando mi contestación no sea tan completa como yo deseara.

El sentimentalismo, a mi corto criterio, no es tan necesario como algunos creen. Es más; casi me atrevería a decir, que en la poesía no es necesario. Procuraré demostrarlo:

Tanto en los asuntos reales, que son los que más se prestan a ello, como en los imaginarios, y hablando de trabajos de la gente joven, el 95 por 100 de los mismos, hacen en sus escritos un desroche de sentimentalismo rayano en la exageración. Esta materia usada en su grado mínimo, hermosea el trabajo, y hace más agradable e interesante su lectura; aplicado en su grado medio, entristece y desilusiona á la mayor parte de los lectores; y por último, en su grado máximo, que es el más usual en la juventud de hoy, hace tan pesado el trabajo, y suena al lector en un estado tal de abatimiento y desinterés, que termina por no leerlo.

Cierto es, que hay escenas en vida, que si para trasladarlas á la cartilla, tuviéramos de desear la nota sentimental, tendríamos que prescindir, en primer lugar, de aquel asunto, porque sin esta nota, perdería todo el interés.

Pero dice el refrán que «no hay regla sin excepción» y esta es una excepción de

esa regla, aplicada á mi demostración; que una, dos, tres, veces se podría emplear esta nota sentimental en los trabajos, pero después de haber demostrado claramente el autor en otras composiciones que no es necesario abusar de esto, para escribir cosas que el público lea con agrado y contento.

Yo, observador que soy, como buen bohemio, no he perdido ocasión, siempre que me ha sido posible, de cojer un trabajo de un novel, y mas que leerlo, analizarlo, y siempre igual. El pobre sentimentalismo suministrado en una dosis tan capaz de entristecer á todo un Tercio de la Guardia Civil.

El poeta, debe sentir lo que escribe, pero no escribir lo que siente, no debe llevar á su voluntad, ni menos de su pensamiento en asuntos sentimentales, para no caer en el ridículo, de que no se lean sus composiciones. De estos ejemplos, vemos muchos diariamente.

A termino así sin empezar, porque esto era necesario llenar muchas cartillas, y el espacio que el señor Director me concede, es muy poco. Así que yo me ratifico, en que el sentimentalismo, no es tan necesario como algunos creen, y tal vez si se deseara no iríamos perdiendo mucho.

(Mafer-Sampri)

INVIERNAL

Ya el invierno crudo
 tenemos encima,
 ya el invierno con frías escarchas,
 muy frías, muy frías,
 y nieves heladas,
 y lluvias con aguas,
 se presenta implacable, terrible,
 mortal y egoísta,
 cual si fuese señor absoluto
 de haciendas y vidas.
 ¡Pobres de los pobres!
 ¡Cuán largos días!
 ¡Cuántas horas tristes
 llorando desdichas,
 sin abrigo, sin pan, sin consuelo...
 Y la nieve fría
 seguirá cayendo,
 cayendo continua.
 Y alguien, entre nieve,
 uno de esos días
 en que aprieta el frío,
 un frío homicida,
 y en que el hambre, su fiel compañera,
 también asesina,
 morirá pronunciando palabras
 de escarnio y estigma,
 maldiciendo con toda su fuerza
 su misma vida,
 a los hombres injustos é infames
 que en montones inmensos se hacinan,
 comodones que viven, holgando,
 existencia de huestura, en los días
 en que muchos pobres
 por hambre agonizan,
 mientras que la nieve incesante,
 muy fría, muy fría...

Mariano Pardo-Cañas.

DE LA VIDA

He visto en cierta ocasión, representar una comedia, y los intérpretes protagonistas eran un matrimonio joven, que pocos días antes del de la noche del estreno de la obra, habían pedido el divorcio.

El, representaba en la comedia un desilusionado, un escéptico de la vida, que viajaba sin descanso, no deteniéndose más que el tiempo necesario para admirar las ciudades a su paso. Ella, una romántica á la fuerza, que prefería saturarse de realidad, casándose con un hombre que no fuera como los del pueblo en que habitaba: que el que no era imbécil, era tístico y grosero hasta la exageración.

En la breve estancia de él en el pequeño pueblo, ella se enamoró, con pasión que, aletargada en su pecho, despiértase brutalmente á la sola presencia del simpático desconocido.

Al despedirse, para proseguir él su errante peregrinación, se estrechan las manos. Pues bien; aquella noche, él estrujó con fuerza entre su diestra la de ella, delicada y fina, loco, frenético, silencioso, hasta hacer escapar un grito imperceptible, producido por el dolor de su carne al rasgarse con las uñas de las sortijas. Todo el público se agitó en un escalofrío de terror, ante la muda y elocuente tragedia que se desarrollaba en la comedia del Arte.

Mas yo te juro, lector, que en aquel momento psicológico, amé al gran rebelde que exteriorizaba sus sentimientos ante el mundo, rompiendo los ridículos convencionalismos de la sociedad. Sentí penetrar hasta mi medula el escalofrío de lo subli-

me. ¿Por qué? ¿No has visto escenas semejantes á esa en un salón, en un baile ó en una casa particular? ¿No has sido protagonista alguna vez? ¿No has gozado la grandiosidad de ese momento? Yo, sí, y por eso no me sobrepasó el terror como al público hipócrita que asistía á la representación.

La máscara grotesca que encuentro al rostro de la Humanidad, más mancha que lo dobleguemos todo á sus falsos moldes; que acallamos los gritos sinceros del corazón; que ahogüemos las pasiones grandes, inmensas, aunque la verdad sufra los más infamantes ultrajes.

¡Destina que el progreso, en su evolución constante, no expulse del mundo á todos esos espíritus mediocres!

Carmelo Martín del Valle.

ENTRE DOS LUCES

Está anocheciendo.

Un frío glacial penetra hasta nuestros huesos; semejante al vaho de gigantesco monstruo, descendiendo sobre nosotros fina hlovizna, al par que espesa niebla cubre la atmósfera. Los ojos luchan en vano por percibir claramente objetos y cosas, pero éstas se van alejando paulatinamente con las últimas luces de la tarde; parece como que huyen, parece que pesarosas de vivir un mundo lleno de errores é iniquidades, se marchan tras otros, donde los nombres de equidad y de justicia sean algo más que títulos adaptables á cualquier novela folletinesca.

La noche, reina y señora de los miste-

rios, lo va cubriendo todo, segura de su dominio...

Yo camino al acaso, sin rumbo fijo, sujeto á imperiosa fuerza que inculca en mí ser desconocidas sensaciones... Quiero soñar, quiero forjarme allá en lo más recóndito de mi cerebro, un mundo compuesto por una humanidad justa; por una humanidad desprovista por completo de odios y rencores. Quiero... Brusca transición hace estremecer todo mi cuerpo; por mis asombrados ojos para una trágica visión... Mas no, lo que veo no es ficticio, no es hijo de mi exaltado cerebro, no... Es real y tangible... Oid lo que veo:

Es una gran ciudad, capital de una potencia que se llama Católica y Humana; por sus más céntricas calles, perpetuo escaparate del lujo y la abundancia, pasan dos hombres. Suspendeda de sus hombros se balancea con movimientos de epiléptica una camilla. En ella descansa una pobre anciana. Su enfermedad es muy sencilla: ¡hambre!; pero hambre adquirida quizá, por negligencia ó por descuido, tal vez por ocultarla; no obstante, la enfermedad tendrá su término en el primer establecimiento benéfico que encuentren á su paso, el más cerca, en la seguridad de que á ser posible, todos se disputarán la ocasión, siempre grande y siempre hermosa, de practicar una de las obras por la cual se nos dice: «Dad de comer al hambriento».

La triste comitiva se para ante una puerta en cuyo frontispicio osténtase este lema sagrado: «Asilo». Breves instantes permanecen ante ella y... ¡oh asombro!... la puerta vuelve á cerrarse y el fúnebre cortejo prosigue su interrumpida marcha... La escena se repite en igual forma

una vez, y otra, y otra, y siempre, cual nuevo judío errante, tiene que continuar su camino.

Por fin, llega á un sitio donde terminan de una vez sus correrías; allí por lo visto no hay impedimento alguno para recibir á la anciana; por lo menos, no los ha habido hasta ahora para nadie...

Es la sepultura que abrió la Caridad, ~~propuesta á importantes formulas de mucho~~ más interés que la vida de un ser humano.

La lluvia, con su incesante caer sobre mi cuerpo, me vuelve á la realidad... Estoy solo, todo ha desaparecido de mi mente; tan sólo la oscuridad me rodea... ¡Así me imagino ver el corazón de muchos hombres negro, muy negro, muy negro.

Luis Céspedes.

EL INOCENTE EXPERIMENTADO

—¡Loca, más que local! ¿Cuándo piensas olvidar tus sonrisas escandalosas? ¿Cuándo querrás dejar de corretear por los paseos sembrados de margaritas, enseñando tus piernas á miradas inoportunas? ¿Cuándo, juiciosa, no besarás á tus compañeros de correrías, niños alegres y dicharacheros como tú, mientras yo, entusiasmado, te contemplo aletear entre los rosales cual mariposilla blanca? ¿Cuándo cesarán tus gritos infantiles, tus aturdimientos, tus inconsciencias de avecilla temprana? ¿Cuándo cejarás de tus locuras, loca, más que loca?...

Hoy cumples quince abriles; hoy empiezas á vivir en el mundo nuevo, extraño y coqueto. Dio á la Naturaleza—algo divino, sin duda—te ha dotado de una figura esbelta.

Tus ojos destacan, como dos brillantes negros, del fondo de tus mejillas de terciopelo; y luego, los bucles sedosos de la cabellera, coronan orgullosos tu frente de nieve. Pues bien; estas joyas que posee tu figura, este tesoro artístico de tu persona, yo, egoísta, quiero guardarle, quiero guardarle, para que ningún otro hombre ambicioso *al pasar* me lo robe...

¡Sí, loquita mía! El aire de la calle es mal sano. A cambio de los jazmines del campo este camino está cuajado de espinas. En vez de las mariposas plateadas del jardín aquí zumban los moscardones siempre contentos á llevar el aguijón en la frágil cola. Aquellos niños inocentes, son aquí precoces, las risotadas infantiles vuestras, son en la calle groserías y blasfemias. Lo que allí es inocencia, aquí es picardía; la vida vuestra, apenas si tiene asiento en la calle...

Estos maquiavésmos de la vida; estos laberintos é intrincados pasajes del actual régimen social; burlones é irrisorios; estas sonrisas trágicas y estas mareas sarcásticas, arlequinescas, de la condición humana, puestos como paradojas en labios de este inocente egoísta papá, contrastan con la candidez de su espíritu y me hacen pensar si la práctica de la vida esclarece ó atrofia los sentidos; si pondrá de relieve la esencia de la verdad ó si antifaz de la mentira, ó si esta experiencia será

un libro tan difícil de estudiar, que los que más creen saber de él, menos le entienden.

Eloisa salió de paseo con su primer vestido de *mujercita*; —después de la declaración de un novio, este acto es el más li-
sonjero para la historia de las mujeres— y no obstante la importancia de esta que bien podríamos llamar coquetería infantil, Eloisa no acertaba á caminar con aquel envoltorio de telas raras y exóticas, ni con las impertinentes paradojas de su papá al ostentarse en cambiar, de la noche al día, su espíritu franco y expansivo por otro más tónico é insulso.

Mas al cabo de luchar en su interior con un tropel de ideas vagas y confusas, un rayo de luz hirió la penumbra; los objetos todos presentáronse armonicos, y Eloisa comenzó á despertar... Fantasías y sonrisas, un mar de irisaciones, chillonas y esplendorosas como el iris, se presentó nuevo y galante ante sus ojos, y entonces saboreó las dulzuras de su nueva vida, desconocida en absoluto por ella, antes y después de aquellos consejos que su padre le había otorgado como dote.

Unas tardes después, al regresar de paseo, notó su papá que Eloisa salía precipitadamente al balcón, y espiándola con sigilo, pudo observar que saludaba risueña á un jovencuelo que se perdía al final de la avenida.

—¿A quién saludas? —la preguntó el papá, entrando de súbito en la estancia.

La hija, azorada, no supo qué contestarle, enmudeció y el padre, sombrío,

notó que él también entraba en una nueva etapa: en la de la soledad de su alma...

Y ahora se me ocurre preguntar: ¿A qué nos enseña la experiencia de la vida? Indudablemente á ignorar lo que creemos saber... Es preferible vivir la inconsciencia; ser niños siempre...

Eladio F. Egocheaga.

APUNTES CINEMATOGRAFICOS

La simpatía con que han sido acogidas, por el público madrileño, las modestas compañías que actúan en los cinematógrafos de la capital de España, demuestra bien claramente que la labor de los artistas que figuran en ellas es bastante aceptable, lo que queda corroborado por el hecho de que los *cines* se ven todos los días concurridísimos.

La verdad es, que los citados artistas dignos son de que el público les aliente con sus aplausos, como justa recompensa al excesivo trabajo que sobre ellos pasa y lo mal retribuidos que están; pues hay artista que entra en el *cine* á las tres de la tarde para ensayar, y sale á la una de la mañana del día siguiente, ó sea después de acabarse la última sección; cobrando por todo esto, por término medio, unas cinco pesetas; por lo que el que cobra más ya puede decir que es cosa notable en su clase.

Como si fuera poco el trabajo que imponen los ensayos y las representaciones,

queda todavía el estudio de papeles, puesto que para corresponder al favor del público es preciso cambiar el cartel todas las semanas, cuando menos, lo que supone un gran esfuerzo de inteligencia, sobre todo para los que figuran como primeros partes, y tienen que elegir entre todas las obras. Dándose el caso, muy frecuente en domingos y días festivos, que en las mismas salas se oculta una segundada, lo que significa un trabajo terrible, máxime si se tiene en cuenta que también tienen que cantar.

Todos los que conozcan estos detalles y sepan los inconvenientes que tienen que vencer para que las obras en escena, se lamentarán, seguramente, cuando algún espectador, olvidado, sin duda, el sitio donde se encuentra, exige que los citados artistas ejecuten la misma labor que los que cobran mucho más que ellos y que en cambio trabajan de peor gana, salvo honorables excepciones, para el público que les encumbró en el puesto que hoy disfrutan, y que tal vez, no ocuparían sin la benevolencia que a ellos dispensa.

Si á todo lo expuesto, agregamos que gracias á las compañías que actúan en los cines, podemos ver obras aceptablemente representadas por poco dinero, nos convenceremos de que son acreedores al favor que hasta ahora les viene dispensando el público.

(El Bachiller Pepito.)

DE MIS MEMORIAS

Desde mi butaca y á la opaca luz del crepúsculo que por un ancho ventano penetra en mi habitación, sumiéndola en una tenue y melancólica penumbra, contemplo el abigarrado conjunto de cientos de paraguas que, arrastrándose á ras de tierra, semejan gigantescos carciélagos.

La lluvia, cayendo lentamente, va trazando surcos en los cristales, salpicándolos, al resbalar por ellos, de cristalinas lágrimas, cada fuesen desprendidas de unos ojos abatidos por la pena.

Todo invita á la quietud y al reposo, al mismo tiempo que trae á la memoria lejanas remembranzas de pasadas épocas.

A mi lado y con infantil arabía juegan mis hijos, seres inocentes que aun no han aprendido el arte de vivir.

¡Dichosa infancia la suya, rodeada de bienestar y de abundancia!

El humo de mi cigarrillo blanco va ascendiendo perezosamente hacia el infinito, va trazando en el espacio azules espirales.

Desde la acera, un amigo, adivinándome más que viéndome, tras los cristales me saluda. Es el general y conde X. ¡Mi amigo! Uno de los muchos con que la sociedad me burló, viéndome en la opulencia.

¡La sociedad! Mi fantasía, evocada á este conjuro, me transporta á mi primera edad, al tiempo que me señala un letrero donde con gruesas y retorcidas caracteres, se lee: Juan Expósito. Sí, un cualquiera, un nadie; carne del vicio, del montón incalculable de seres desconocidos. Ese era yo antes. Ahora no; ahora

soy rico y dichoso. La fortuna y la felicidad me sonríen y la sociedad me adula.

¡Si mi madre viviera!...

¡Mi madre! ¿Quién fué? ¡Bah! ¿Quién lo sabe! Una desgraciada, un ser engañado.

¿Y mi padre? ¡Ah...! ¡Calla lengua!

Y la sociedad, esa misma sociedad que se horroriza de ciertos delitos, que los condena poniendo en la frente del desgraciado el estigma de lo desconocido, de lo anónimo, me adula y me festeja porque tengo dinero. Si me otorga un título y me abre sus puertas y sus brazos con la misma facilidad que cuando pobre y desconocido me negaba albergue y protección, trabajo y pan.

La sociedad. Conjunto asustoso de seres á los que unos elevan cuando su esfuerzo no nos es necesario, ó nos denigran y maldicen cuando nuestra desventura nos va sumiendo en la desesperación y miseria. ¡Qué falsa es la vida! Apariencia y vanidad, riqueza y oro. ¡Maldita sociedad; maldita, sí, maldita!...

Mis pequeños siguen jugueteando tan inocentes lanzando gritos de júbilo. Por la alfombrada estancia se oye un *frufufu* de sedas andar ligero. Es mi esposa, la otra mitad de mi existencia, la que alejó mi decaído espíritu en las tristes horas de la noche: otra martir.

La lluvia, cayendo lentamente, va trazando surcos en los cristales, salpicándolos al resquejar por ellos, de cristalinas lágrimas, cual si fuesen desprendidas por unos ojos abatidos por la pena.

El Conde Nula.

Por la copia,

Luis Ramos y Sánchez.

Carnet de apuntes.

Un estreno.

El domingo último fueron representadas en el Salón Zorrilla, bajo la dirección del notable aficionado D. Juan José López de Varó, las obras que llevan por título «Juan José» y «El Barquillero». También se verificó el estreno del monólogo titulado «Sombras Mortuorias», debido á la pluma del joven escritor D. Pedro Nieto, que tuvo una excelente acogida, pues está bien escrito y no carece de interés. El autor tuvo que presentarse en el proscenio para recoger los aplausos que justamente le tributó el público.

En la interpretación se distinguieron las Sras. Cobos, Guerri, Srta. Lombra y los Sres. Vallejo, Salamanca, Bello, Moralo, Fundidor y López de Varó que tuvo momentos muy felices, por lo que fué calurosamente aplaudido.

Barbieri.

Mañana sábado debuta en este teatro la compañía cómico-lírica que dirige el primer actor D. Salvador Miguel. Se pondrán en escena las aplaudidas obras «El puñao de rosas», «La Capletista», «El pobre Valbuena» y «El mal de Amores».

En el transcurso de la temporada, que promete ser provechosa para todos,—empresa, público y artistas—, dadas las obras que figuran en la lista de compañía

y los valiosos elementos que la componen, se estrenarán varias producciones escénicas de conocidos autores, entre los que se cuenta á los Sres. Ramos Padilla, Prats, Jiménez Masa, Quílez y Parra-Cañas.

POSTAL

Para Los Golfos del Arte.

Por su ideal, que es hermoso,
por su esfuerzo generoso
en pro de la ilustración,
LOS GOLFOS DEL ARTE, son
dignos de un triunfo glorioso.

Mas pongo al nombre reparos
Méritos, modestia aparte,
de seguro han de sobraros.
¿Por qué no habéis de llamaros
Aristócratas del Arte?

M. Lazo Martín.

CORRESPONDENCIA

J. L. A.—Nos gusta mucho y se publicará en el próximo número. Esperamos más trabajos de usted.

A. P.—No le puedo decir á usted lo mismo. Sólo le recomiendo para estos trabajos el correo interior, pues así solo se enterarán usted y ella.

V. R. O.—Si, señor, los pagos son por adelantado. ¿Razón? Velay...

F. G.—Si no se conociera la Retórica se le publicaría; pero, amigo, si usted no la conoce, nosotros sí.

Rubi.—«Hojas de pensamientos» vale, y se publicará; el resto no, porque «Las flores de Herminia» no tienen olor... literario, y además muy personal, y lo otro más vale callar. Usted puede hacer cosas mejores. ¡Ah! No admitimos dedicatorias; es un favor para todos.

P. P.—¡Eh, amigo! las cuartillas se escriben por un sólo lado, ó mejor dicho, así se deben escribir; no sea tan ahorrativo.

R. C. J.—El estilo no está mal, pero no tiene fondo.

L. S. M.—«Intimo» se publicará, aunque corregido. Lo otro no; lo otro para que... aunque me llame usted *povre...* de conciencia.

G. G.—En el próximo número se publicará.

N. Migo.—De la Retórica, de la Poética, de las buenas costumbres y hasta... hasta ahí podíamos llegar.

J. F.—«Esclavo de amor». No podemos complacerle. Mande más.

F. V.—«Del natural» se publicará, no haciendo lo mismo con los otros, porque el amor, ya no lo lleva nadie, está en desuso, y en cuanto á Bacanal... respetemos la indole de esta Revista, y á más que también hay señoritas que la leen.

Toribio.—(Sacando copias). Supongo sabrá que el Código castiga los robos, tanto familiares, como poéticos. No es decirle nada con esto, pero su poesía...

Sevillano.—Las horas de Redacción, son de 4 á 6 de la tarde.

Quedan muchas cartas por contestar, porque ¡camará! ni que yo fuera una criada respondona, para contestar tanto.

P. Fernández, impresor. Valverde, 33.

ANTIGUA CLÍNICA DEL

Dr. Morales

Sífilis-Venéreo-Impotencia

Consultas: de dos á cinco.

Carretas, 39, Madrid

Peluquería y Barbería

JULIO GIL

Jardines, 11, Madrid.

Precios reducidos.

Limpieza esmerada.

Aseo, prontitud, economía

¿Desea usted saber cuál es el establecimiento más popular en Sombreros elegantes y más duración?

VELASCO

Sucesor de Lupo. — Más barato que yo nadie!

Preciados, 21, Madrid.

Doctor Zúñiga

Peligros, 4, Farmacia.

Cuerpos químicos para reactivos.
Materias colorantes para microscopía. Soluciones valoradas.

Escuela Práctica de Comercio

Montera, 43, 3.º derecha.

Cursos de Contabilidad, Cálculos y Caligrafía

QUINCE pesetas al mes

JUAN HILLAN

Montador de aparatos eléctricos y toda clase de instalaciones.

Clavel, 5, Madrid.

Nuevo Kananga

Magdalena, 5

En este acreditado establecimiento se sirve una rica taza de café por 15 céntimos.

Isidoro García

A la Puerta del Sol, 15, principales. Madrid.

Sedería. — Lanería. — Lutos. —
Confecciones. — Géneros blancos. —
Alfombras. — Perfumería. — Ropa blanca.

Gran casa de saldos.

Los Golfos del Arte

REVISTA LITERARIA—COLABORACIÓN LIBRE

Se publica los días 1 y 15 de cada mes.

Redacción y Administración: **Madera Alta, 42, 3.º, dcha.**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Un trimestre. 1,00 peseta.

PROVINCIAS

Un trimestre. 1,25 •

Un semestre. 2,25 •

Un año. 4,00 •

EXTRANJERO

Un año. 5,00 francos

Número suelto, 15 céntimos. Atrasado, 25

No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.

